DOMINACIÓN

DOMINACIÓN

C. J. SANSOM

Traducción de Cristina Martín

GRUPO ZETA

Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F. • Miami • Montevideo • Santiago de Chile

Título original: *Dominion*
Traducción: Ana Guelbenzu
1.ª edición: mayo 2013

© 2012, C. J. Sansom
© Ediciones B, S. A., 2013
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-5331-2
Depósito legal: B. 10.637-2012

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.
Ctra. BV 2249, km 7,4
Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

En memoria de mis padres,
TREVOR SANSOM (1921-2000)
y
ANN SANSOM (1924-1990),
que entre 1939 y 1945 sufrieron grandes penurias
y aportaron su grano de arena para derrotar a los nazis.

Y de
ROSALITA,
R.I.P. 19.2.2012

Toda la furia y el poder del enemigo caerán muy pronto sobre nosotros. Hitler sabe que tendrá que destruirnos en esta isla o perder la guerra. Si somos capaces de enfrentarnos a él, toda Europa podrá ser liberada y la vida del mundo podrá avanzar hacia tierras altas, anchas y bañadas por el sol; mas si fracasamos, el mundo entero, incluido Estados Unidos y todo lo que hemos conocido y nos ha importado, se hundirá en el abismo de una nueva era oscura, aún más siniestra y tal vez más prolongada debido a las luces de una ciencia pervertida.

WINSTON CHURCHILL, *18 de junio de 1940*

Todo lo que sucede con posterioridad a las cinco de la tarde del 9 de mayo de 1940 es imaginario.

Prólogo

Sala del Gabinete, nº 10 de Downing Street,
Londres 16.30 horas, 9 de mayo de 1940

Churchill fue el último en llegar. Llamó una sola vez, con golpes bruscos, y entró. Al otro lado de los altos ventanales ya menguaba el cálido día de primavera y se alargaban las sombras en el Horse Guards Parade. Al fondo de la mesa alargada y con forma de ataúd que dominaba la sala del Gabinete se hallaba sentado Margesson, el jefe de Disciplina del partido conservador, junto con el primer ministro Chamberlain y el ministro de Exteriores lord Halifax. Cuando Churchill se aproximó a ellos, Margesson, que iba formalmente vestido como siempre, con un inmaculado traje de mañana de color negro, se puso en pie.

—Winston.

Churchill hizo un gesto de asentimiento en dirección al jefe de Disciplina y le dirigió una mirada de advertencia. Margesson, que obedecía las órdenes de Chamberlain, le había puesto las cosas difíciles al oponerse a la política que practicó el partido respecto de la India y de Alemania en los años anteriores a la guerra. Se giró hacia Chamberlain y hacia Halifax, que había sido la mano derecha del primer ministro en la tarea de apaciguamiento de Alemania llevada a cabo por el gobierno.

—Neville. Edward.

Ambos hombres mostraban un gesto de disgusto; hoy no había ni rastro de la habitual expresión semiburlona de Chamberlain, ni tampoco de la cortante arrogancia que el día anterior había creado un ambiente hostil en la Cámara de los Comunes, durante el debate que trató de la derrota militar sufrida en Noruega. Noventa conservadores habían votado con la oposición o se habían abstenido; Chamberlain

había salido de la cámara acompañado de voces que le gritaban: «¡Váyase!» El primer ministro tenía los ojos enrojecidos a causa de la falta de sueño, o puede que por haber llorado... aunque costaba trabajo imaginar a Neville Chamberlain llorando. La tarde anterior, por toda la Cámara de los Comunes se esparció el rumor de que sus líderes no eran capaces de sobrevivir.

Halifax tenía mejor cara. El ministro de Exteriores llevaba su alto y delgado corpachón tan erguido como siempre, pero su semblante presentaba una palidez mortal, una piel blanca y estirada sobre unas facciones largas y huesudas. Corría el rumor de que se sentía reacio a asumir el poder, de que no tenía las entrañas necesarias para ser primer ministro, cosa que era cierta en sentido literal, pues en los momentos de tensión lo asaltaba un intenso dolor de tripas.

Churchill se dirigió a Chamberlain en un tono de voz grave y serio y con un ceceo pronunciado:

—¿Cuáles son las noticias de última hora?

—Que ha habido un nuevo agrupamiento de fuerzas alemanas en la frontera de Bélgica. En cualquier momento podría tener lugar un ataque.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales pareció sonar con más fuerza el tictac de un reloj que había encima de la repisa de mármol de la chimenea.

—Siéntate, por favor —dijo Chamberlain. Churchill tomó asiento en una silla y Chamberlain continuó, empleando un tono de serena tristeza—: Ya hemos dedicado un tiempo considerable a debatir la votación que tuvo lugar ayer en los Comunes. Nuestra impresión es que existen graves dificultades en el hecho de que yo siga desempeñando el cargo de primer ministro. He tomado la decisión de que debo dimitir. El apoyo que me presta el partido está disminuyendo rápidamente. Si ha de haber un voto de confianza, puede que quienes se abstuvieron ayer voten contra el gobierno. Y los sondeos realizados en el partido laborista indican que este solo se sumaría a una coalición si hubiera un primer ministro nuevo. Me resulta imposible continuar en medio de este grado de antipatía personal.

Chamberlain miró de nuevo a Margesson, casi como si estuviera pidiéndole socorro, pero el jefe de Disciplina se limitó a asentir con tristeza y a decir:

—Si queremos tener una coalición en este momento, cosa que necesitamos de forma perentoria, es esencial que haya unidad nacional.

Contemplando a Chamberlain, Churchill no pudo por menos de compadecerlo. Lo había perdido todo; llevaba dos años intentando

satisfacer las exigencias de Hitler, convencido de que el Führer había terminado en Múnich con sus pretensiones de reclamar territorios, cuando en realidad unos meses más tarde invadió Checoslovaquia, y a continuación Polonia. Después de que cayera Polonia siguieron varios meses de inacción militar, de «guerra falsa». El mes anterior Chamberlain había dicho en la Cámara de los Comunes que Hitler había «perdido el autobús» de la campaña de primavera, para de repente pasar a invadir y ocupar Noruega expulsando a las fuerzas británicas. La siguiente sería Francia.

Chamberlain miró primero a Churchill, luego a Halifax, y seguidamente habló otra vez, todavía en un tono desprovisto de expresión:

—La cosa está entre vosotros dos. Yo me sentiré muy gustoso, si así lo deseáis, de prestar mis servicios ya sea al uno o al otro.

Churchill afirmó con la cabeza y se reclinó en su silla. Luego miró a Halifax, que lo miró a su vez con una expresión fría y escrutadora. Churchill sabía que Halifax tenía casi todas las cartas en la mano, que la mayoría del partido conservador quería que fuera él el siguiente primer ministro. Había sido virrey de la India, llevaba varios años en un ministerio de alto nivel y era un aristócrata templado, firme, olímpico, que gozaba a un mismo tiempo del respeto y la confianza de los demás. En cambio a Churchill la mayoría de los conservadores jamás le habían perdonado que tuviera un pasado liberal ni que se hubiera opuesto a su propio partido en la cuestión de Alemania. Lo consideraban un aventurero, un hombre poco de fiar, carente de buen juicio. Chamberlain quería a Halifax, y Margesson también, al igual que la mayor parte del Gabinete. Y al igual —Churchill lo sabía perfectamente— que el amigo de Halifax: el rey. Pero Halifax no tenía pasión dentro del cuerpo, ni un solo gramo. Churchill odiaba a Hitler, en cambio Halifax lo trataba con una especie de desprecio patricio; en una ocasión había dicho que los únicos a quienes el Führer hacía la vida difícil en Alemania eran unos cuantos sindicalistas y los judíos.

En cambio, Churchill contaba con el apoyo del público desde el mes de septiembre, cuando se declaró la guerra; Chamberlain se había visto obligado a volver a aceptarlo en el Gabinete cuando las advertencias que había hecho respecto de Hitler resultaron al fin ser ciertas. Pero ¿de qué modo había que jugar aquel único as? Churchill se arrellanó un poco más en su silla. «No digas nada», pensó, «veamos qué postura adopta Halifax, veamos si desea siquiera el puesto, y hasta qué punto.»

—Winston —empezó Chamberlain, esta vez en tono interrogante—. En el debate de ayer estuviste muy agresivo con los laboristas. Y

siempre has sido un feroz opositor suyo. En tu opinión, ¿podría suponer eso un obstáculo para ti?

Churchill no respondió, pero se levantó de repente y fue hasta la ventana para contemplar la luminosa tarde primaveral. «No contestes», se dijo para sus adentros. «Que Halifax se elimine solo.»

En aquel instante el reloj de la chimenea dio las cinco con un repique agudo y metálico. Nada más terminar, se oyó al Big Ben marcando la hora con voz tonante. Cuando se disipó la última campanada fue cuando Halifax habló por fin:

—En mi opinión —dijo—, yo sería de más ayuda tratando con los laboristas.

Churchill se volvió y lo miró de frente adoptando de pronto una expresión severa.

—Las pruebas que habrás de afrontar, Edward, serán terribles.

El gesto de Halifax era de cansancio, de profunda aflicción, en cambio esta vez se le apreciaba determinación en el semblante. Después de todo, había encontrado valor dentro de sí.

—Por eso precisamente, Winston, deseo tenerte a ti a mi lado en un Gabinete de Guerra nuevo y más pequeño. Serías ministro de Defensa, asumirías la responsabilidad total de dirigir la guerra.

Churchill estudió la oferta moviendo lentamente su pesada mandíbula de un lado al otro. Si él estuviera al frente de la campaña solidaria de la población civil ante la guerra, tal vez pudiera imponerse a Halifax y convertirse en primer ministro en todo excepto en el título. Todo dependía de las otras personas que nombrase Halifax. De modo que preguntó:

—¿Y los demás? ¿A quién vas a nombrar?

—De los conservadores, estaremos tú, yo y Sam Hoare; a mi modo de ver, esa combinación es la que mejor refleja el equilibrio de las opiniones que existen dentro del partido. De los laboristas, Attlee; Lloyd George representará a los liberales; y como figura nacional, el hombre que nos llevó a la victoria en 1918. —Halifax se volvió hacia Chamberlain—. Pienso que en estos momentos podrías sernos de gran utilidad, Neville, por ser el líder de los Comunes.

Era una mala noticia, la peor. Lloyd George, pese a que últimamente había dado marcha atrás, durante toda la década de los años treinta había idolatrado a Hitler y había afirmado que era el George Washington de Alemania. Y Sam Hoare era el gran apaciguador, el antiguo enemigo de Churchill. Attlee, a pesar de su falta de seguridad en sí mismo, era un luchador. Pero estos dos constituirían minoría.

—Lloyd George tiene setenta y siete años —apuntó Churchill—. ¿Está en condiciones de soportar semejante peso?

—Estoy convencido de ello. Y servirá para insuflar moral. —Halifax ya hablaba con mayor resolución—. Winston —dijo—, me gustaría mucho tenerte a mi lado en esta hora.

Churchill titubeó. Aquel nuevo Gabinete de Guerra iba a ponerle trabas. Sabía que Halifax había decidido aceptar el cargo de primer ministro de mala gana e impulsado por su sentido del deber. Haría todo lo que estuviera en su mano, pero no tenía puesta el alma en la lucha que se avecinaba. Al igual que tantos otros, había luchado en la Gran Guerra y temía ver otra vez todo aquel derramamiento de sangre.

Churchill contempló durante unos instantes la idea de dimitir del Gabinete; pero ¿de qué iba a servirle eso? Además, Margesson tenía razón: lo más importante en aquel momento era la unidad nacional. Haría todo lo que pudiera, mientras pudiera. Ya había pensado, aquel mismo día, que por fin le había llegado la hora; pero, después de todo, no iba a llegarle todavía.

—Puedes contar conmigo —dijo con gravedad.

1

Noviembre de 1952

Casi todos los pasajeros que iban en el metro a la estación Victoria se dirigían, al igual que David y su familia, al desfile del Remembrance Sunday. Como aquella mañana hacía frío, todo el mundo, hombres y mujeres, vestía abrigos negros de invierno. También eran negros los bolsos y las bufandas, o bien marrones. El único toque de color era el rojo vivo de las amapolas que llevaban todos en el ojal. David condujo a Sarah y a la madre de esta al interior de un vagón, encontraron dos bancos de madera vacíos y se sentaron unos frente a otros.

Mientras el metro salía traqueteando de la estación de Kenton, David miró a su alrededor. Todos lucían caras tristes y apagadas, acordes con el día. Había relativamente pocos varones de cierta edad, porque la mayoría de los veteranos de la Gran Guerra, como el padre de Sarah, seguramente ya se encontraban en el centro de Londres, preparándose para marchar frente al Cenotafio. El propio David era un veterano de la segunda guerra, el breve conflicto que tuvo lugar entre 1939 y 1940 y que la gente denominó campaña de Dunquerque o guerra de los judíos, según el gusto político de cada cual. Pero David, que había servido en Noruega, y los demás supervivientes de aquel ejército derrotado y humillado —cuya retirada de Europa fue seguida tan rápidamente por la rendición de Inglaterra— no tenían sitio en las ceremonias del Remembrance Day. Ni tampoco los soldados británicos que habían muerto en los interminables conflictos de la India, y actualmente de África, que se iniciaron a partir del Tratado de Paz de 1940. En la actualidad, el Remembrance Day tenía un adicional tinte diplomático: el de rememorar la matanza que tuvo lugar cuando lucharon Alemania e Inglaterra entre 1914 y 1918; el de recordar que aquello no debía suceder de nuevo. Inglaterra debía seguir siendo una aliada de Alemania.

—Hay muchas nubes —comentó la madre de Sarah—. Espero que no se ponga a llover.

—No va a estropearse el día, Betty —respondió David en tono tranquilizador—. Los del tiempo han dicho que solo va a estar nublado.

Betty asintió. Era una mujer regordeta, de sesenta y tantos años, y había pasado toda la vida concentrada en cuidar del padre de Sarah, que había perdido la mitad de la cara en la batalla del Somme de 1916.

—A Jim se le hace muy incómodo desfilar cuando está lloviendo —dijo—. Se le mete el agua por detrás de la prótesis, y, naturalmente, no puede quitársela.

Sarah tomó a su madre de la mano. Su rostro, cuadrado y provisto de una barbilla redonda y fuerte, heredada de su padre, mostraba una expresión solemne. Tenía una melena rubia, rizada en las puntas y enmarcada por un modesto sombrerito negro. Betty le dirigió una sonrisa. El metro se detuvo en una estación y se subió más gente. Sarah se volvió hacia David y le dijo:

—Hay más pasajeros que de costumbre.

—Gente que quiere ver por primera vez a la reina, imagino.

—Espero que podamos encontrarnos sin problemas con Steve e Irene —dijo Betty, otra vez preocupada.

—He quedado con ellos al lado de las taquillas de billetes de Victoria —le dijo Sarah—. Y allí estarán, no te preocupes.

David miró por la ventanilla. No sentía el menor deseo de pasar la tarde con su cuñada y con el marido de esta. Irene era una persona de buen carácter, aunque tenía la cabeza llena de pájaros y no paraba de hablar; en cambio a Steve lo odiaba, con aquella mezcla que tenía de encanto empalagoso y arrogancia, aquella política suya de Camisa Negra. Como de costumbre, iba a tener que hacer un esfuerzo para mantener la boca cerrada.

El tren aminoró hasta que se detuvo con una leve sacudida, justo antes de penetrar en un túnel. De alguna parte llegó un siseo que indicaba que se había echado el freno.

—Hoy no, por favor —dijo alguien—. Estos retrasos van a peor. Es una vergüenza.

David se fijó en que, fuera del vagón, la vía pasaba junto a varias hileras de casas adosadas, construidas con el típico ladrillo londinense sucio de hollín. De las chimeneas se elevaba un humo de color gris y en los patios traseros se veía ropa tendida. Las calles estaban vacías. Justo por debajo de ellos había una tienda de comestibles que lucía un prominente letrero en el escaparate: «Aceptamos cartillas de racionamiento.»

De pronto se notó una sacudida y el tren avanzó hacia el interior del túnel, pero unos instantes después se detuvo de nuevo. David vio su cara reflejada en el cristal de la oscurecida ventanilla, y su cabeza enmarcada por el bulto que formaba el abrigo negro y sus anchas solapas. El sombrero de bombín que llevaba puesto le tapaba el cabello, corto y negro, del cual se veían apenas unos cuantos rizos rebeldes. Tenía unas facciones regulares y libres de arrugas gracias a las cuales parecía tener menos años de los treinta y cinco que tenía, una ausencia de señales que resultaba engañosa. De repente le vino a la memoria un recuerdo de la infancia, una frase que su madre decía constantemente a todas las mujeres que llegaban de visita: «¿A que es un niño muy guapo, a que dan ganas de comérselo?» Expresado con su duro acento de Dublín, David se moría de vergüenza al oírla. A continuación le vino otro recuerdo de manera espontánea, de cuando él tenía siete años y ganó la Copa de Saltos de Trampolín que se disputaba entre colegios. Se acordó de cuando se subió al trampolín más alto, teniendo debajo un mar de rostros, y la tabla tembló ligeramente bajo sus pies. Dos pasos al frente y luego el salto, derecho hacia aquella gran extensión de agua en calma, un momento de pánico y después la euforia de zambullirse en el silencio.

Steve e Irene estaban aguardando en Victoria. Irene, la hermana mayor de Sarah, también era alta y rubia, pero tenía un hoyito en la barbilla como su madre. Su abrigo negro estaba adornado con un grueso cuello de piel marrón. Steve era atractivo al estilo bohemio, y lucía un bigote negro y fino con el que parecía Errol Flynn, pero en versión pobre. Llevaba un sombrero negro de ala estrecha con el que se cubría la gruesa capa de brillantina que le empapaba el pelo. A David le llegó el punzante olor a sustancia química en el momento de estrecharle la mano.

—¿Qué tal va el funcionariado, viejo? —preguntó Steve.

—Vamos tirando —sonrió David.

—¿Seguís vigilando de cerca el imperio?

—Algo así. ¿Cómo están los chicos?

—Estupendos. Más altos y más revoltosos a cada semana que pasa. Puede que el año que viene los traigamos, empiezan a tener edad suficiente. —David captó una sombra que cruzaba el semblante de Sarah y supo que estaba acordándose de su hijo muerto.

—Tenemos que darnos prisa en coger el metro hasta Westminster —dijo Irene—. Mirad cuánta gente.

Se sumaron al gentío que se dirigía a las escaleras mecánicas. Conforme se iban juntando unos con otros, fueron ralentizando el paso hasta convertirse en una masa que avanzaba muy despacio y en silencio. Aquello le recordó a David su época de soldado, concretamente el día en que, con andar cansino, subió con el resto de las exhaustas tropas a bordo de los barcos que estaban evacuando las fuerzas británicas de Noruega, allá por 1940.

Entraron en Whitehall. La oficina de David se hallaba situada justo detrás del Cenotafio. Muchos hombres, al pasar por delante de este, todavía se quitaban el sombrero en señal de respeto, de manera inconsciente, si bien cada año eran menos los que pasaban. Ya habían transcurrido treinta y cuatro años desde que finalizó la Gran Guerra. El cielo tenía un color entre blanco y gris, el aire era frío. Todo el mundo exhalaba el aliento en forma de nubes de vapor mientras, educadamente y en silencio, se apresuraba a buscar un hueco detrás de las barreras metálicas colocadas frente al alto rectángulo blanco del Cenotafio, defendido este por una fila de policías vestidos con gruesos abrigos. Algunos eran agentes corrientes y llevaban el casco habitual, pero muchos eran auxiliares del Cuerpo Especial, tocados con sus altas gorras de visera y enfundados en uniformes más esbeltos y de color azul. Cuando se creó dicho cuerpo, en la década de 1940, con el fin de hacer frente a los disturbios sociales, el padre de David dijo que los auxiliares le recordaban a los *Black and Tan*, aquellos violentos veteranos de las trincheras que fueron reclutados por Lloyd George para reforzar la policía durante la guerra de la Independencia de Irlanda. Todos iban armados.

La ceremonia había ido cambiando a lo largo de los últimos años; el personal activo ya no desfilaba alrededor del Cenotafio bloqueando el campo visual del público, y se habían amontonado tablones de madera detrás de las barreras para que la gente pudiera ver mejor. Aquello formaba parte de lo que el primer ministro Beaverbrook denominaba «desmitificar el acto».

La familia consiguió asegurarse un buen sitio enfrente de Downing Street y del gran edificio victoriano en el que se encontraba la Oficina de los Dominios, en la que trabajaba David. Más allá de las barreras, formando tres lados de un cuadrado que rodeaba el Cenotafio, se encontraban los líderes militares y religiosos, que ya habían

ocupado sus sitios. Los soldados vestían el uniforme de gala, y el arzobispo Headlam, jefe del sector de la Iglesia anglicana que no se había separado por oponerse a los compromisos contraídos con el régimen, lucía sus espléndidas vestiduras de color verde y oro. A su lado se hallaban los embajadores y los políticos, todos sosteniendo una corona de flores en la mano. David los contempló largamente; estaba el primer ministro Beaverbrook con su arrugada cara de simio y sus labios anchos y carnosos caídos en una expresión de dolor. Llevaba cuarenta años, desde que llegó a Inglaterra procedente de Canadá perseguido por una nube de escándalos, combinando la construcción de un imperio de la prensa escrita con el arte de maniobrar en la política para promover entre el público y los políticos causas como la libre empresa, el imperio y una política de concesiones. Pocos eran los que se fiaban de él, ninguno lo votaba, y tras la muerte de su inmediato predecesor, Lloyd George, acaecida en 1945, la coalición lo nombró primer ministro.

Junto a Beaverbrook estaba lord Halifax, el primer ministro que había capitulado después de que cayera Francia, y le sacaba más de una cabeza. Actualmente Halifax estaba calvo, su rostro cadavérico presentaba un tinte ceniciento y sus ojos hundidos recorrían la multitud con una curiosa ausencia de expresión. A su lado estaban los compañeros de coalición de Beaverbrook: el ministro del Interior Oswald Mosley, alto y recto como un palo de escoba; el ministro para la India Enoch Powell, que solo tenía cuarenta años pero parecía mucho mayor con su bigote negro y su gesto serio y taciturno; el vizconde Swinton, secretario de la Oficina de los Dominios y ministro de David, alto y aristocrático; el ministro de Exteriores Rab Butler, con su cara de rana picada de viruela; y el líder de la Coalición Laborista Ben Greene, una de las pocas figuras laboristas que en la década de 1930 admiraban a los nazis. Cuando los laboristas se dividieron en 1940, Herbert Morrison se ocupó de liderar la minoría defensora del tratado que entró en coalición con Halifax; era uno de esos políticos para los que la ambición se antepone a todo lo demás. Pero había dimitido en 1943; el grado de apoyo que prestaba Inglaterra a Alemania fue demasiado para él, lo mismo que les ocurrió a otros políticos, como el conservador Sam Hoare; todos se retiraron a la vida privada recompensados con títulos nobiliarios.

También se hallaban presentes, con abrigos oscuros, varios representantes de países de la Commonwealth; David reconoció, del trabajo, a unos cuantos altos comisionados, como el corpulento y ceñudo Vorster, de Sudáfrica. Detrás de estos se encontraban los embajadores

de las otras naciones que habían luchado en la Gran Guerra: Rommel por Alemania, Ciano, yerno de Mussolini, los embajadores de Francia y de Japón, Joe Kennedy por Estados Unidos. En cambio Rusia no tenía representante; Inglaterra, al ser aliada de Alemania, aún estaba formalmente en guerra con la Unión Soviética, aunque careciera de tropas que le sobrasen para destinarlas a aquella gigantesca trituradora de carne, la guerra germano-soviética, que, librándose en un frente de casi dos mil kilómetros, ya llevaba durando once años.

Un poco más allá había un grupo de hombres alrededor de una cámara que transmitía desde exteriores, un enorme artilugio del que partían gruesos cables y que llevaba estampado en un costado el emblema de la BBC. A su lado se apreciaba la amplia silueta de Richard Dimbleby hablando a un micrófono, aunque se hallaba demasiado lejos para que David pudiera oír nada.

Sarah sintió un escalofrío y se frotó las manos enguantadas.

—Dios, qué frío hace. El pobre papá estará congelado, ahí de pie, esperando a que comience el desfile. —Dirigió una mirada al Cenotafio, un monumento conmemorativo blanco y desnudo—. Qué triste es todo.

—Por lo menos sabemos que no vamos a volver a entrar en guerra con Alemania —comentó Irene.

—Mirad, aquí llega —anunció Betty en voz baja y respetuosa.

Acababa de salir la reina del Ministerio del Interior. Acompañada por la reina madre y por su abuela la reina María, así como por varios ayudantes que portaban coronas de flores, ocupó su sitio frente al arzobispo. Su rostro agraciado y juvenil casaba mal con sus ropajes negros. Aquella era una de las pocas apariciones en público que hacía desde la muerte de su padre, acaecida meses atrás. David se dijo que parecía cansada y asustada. Su expresión le recordó a la que lucía en 1940 el finado rey Jorge VI cuando recorrió Whitehall a bordo de un carruaje abierto al lado de Adolf Hitler, con motivo de la visita de Estado que hizo este tras la firma del Tratado de Paz de Berlín. David, que aún estaba convaleciente de los daños sufridos en Noruega por la congelación, siguió la ceremonia en el nuevo televisor que había comprado su padre, uno de los primeros que hubo en la calle, cuando la BBC volvió a emitir. Hitler parecía encontrarse en el séptimo cielo, sonriente, con el rostro arrebolado y las mejillas sonrosadas, tras haber visto cumplirse por fin su sueño de firmar una alianza con los arios británicos. Sonreía y saludaba al público que lo miraba en silencio, en cambio el rey, procurando no rozarse físicamente con Hitler, permanecía inexpresivo y tan solo levantaba la mano de vez en cuando. Después de aquello el padre de David dijo basta, se acabó, y tomó la decisión de marcharse a

vivir a Nueva Zelanda, con su hermano, y le dijo a David que debía acompañarlo si sabía lo que le convenía, que debía dejar de lado su empleo de funcionario. Gracias a Dios, agregó con sentimiento, la madre de David no estaba viva para poder presenciar aquello.

Sarah estaba mirando a la reina.

—Pobre mujer —dijo.

—No deberían dejar que la conviertan en una marioneta —dijo David.

—¿Acaso tiene otra opción? —repuso ella.

David no respondió.

La gente del público estaba ya consultando el reloj, cuando de pronto todos guardaron silencio y se quitaron sombreros y gorras para escuchar al Big Ben, que, al otro lado de Westminster, comenzaba a dar las once campanadas. Acto seguido, provocando un sorprendente estruendo en el aire calmo, se oyó el disparo de un cañón, que señalaba el momento en que cesaron los cañonazos en 1918. Todo el mundo inclinó la cabeza para guardar los dos minutos de silencio en recuerdo del terrible coste que supuso la victoria de Inglaterra en la Gran Guerra, o quizá, como David, el coste de la derrota de 1940. Transcurridos los dos minutos, dispararon de nuevo los cañones colocados en el Horse Guards Parade para poner fin al silencio. Un corneta desgranó las notas del toque de retreta, que fueron de una tristeza indescriptible. Todos los presentes lo escucharon, con la cabeza descubierta en medio del frío invernal, y tan solo se oyó alguna que otra tos contenida. Cada vez que asistía a aquella ceremonia, David se maravillaba de que nadie rompiera a llorar o de que, al rememorar el pasado reciente, nadie se derrumbara en el suelo entre gritos de dolor.

Al fin se extinguió la última nota. Seguidamente, al son de la *Marcha Funeraria* interpretada por la banda de la Brigada de Guardias, la joven reina tomó una corona de amapolas que parecía demasiado grande para que la llevara ella, la depositó sobre el Cenotafio y volvió a incorporarse con la cabeza gacha. Después regresó despacio hasta su sitio y cedió el turno a la reina madre.

—Es muy joven para ser viuda —comentó Sarah.

—Sí. —David había percibido un leve olor a humo en el aire. Volvió la vista un momento hacia Whitehall y divisó una ligera bruma. Aquella noche iba a haber niebla.

Los demás miembros de la familia real fueron depositando sus coronas de flores, seguidos por los líderes militares, el primer ministro y los políticos, así como los representantes de los gobiernos del imperio. La base de aquel monumento sencillo y austero ya aparecía al-

fombrada de coronas de color verde oscuro salpicadas de amapolas rojas. El embajador de Alemania, Erwin Rommel, uno de los vencedores de la campaña llevada a cabo en Francia en 1940, dio un paso al frente, estilizado y militar, la Cruz de Hierro prendida en el pecho, el apuesto semblante serio y triste. La corona que portaba era enorme, más grande incluso que la de la reina. En el centro, sobre un fondo blanco, había una esvástica. Depositó la corona, se irguió, y permaneció unos instantes con la cabeza inclinada antes de dar media vuelta. Detrás de él aguardaba Joseph Kennedy, el veterano embajador de Estados Unidos. A continuación le correspondía a él el turno.

De pronto surgió un griterío detrás de David:

—¡No más control nazi! ¡Democracia ya! ¡Arriba la Resistencia!

Algo cruzó volando por encima de las cabezas de los presentes y fue a estrellarse a los pies de Rommel. Sarah lanzó una exclamación ahogada. Irene y algunas otras mujeres del público chillaron. Al instante, los escalones del Cenotafio y el bajo del abrigo de Rommel aparecieron teñidos de rojo; David pensó por un momento que era sangre, que alguien había arrojado una bomba, pero en eso vio un bote de pintura que rodaba escaleras abajo hasta la acera. Rommel no se inmutó, se quedó donde estaba. En cambio el embajador Kennedy retrocedió presa del pánico. Los policías echaron mano de pistolas y porras. Un grupo de soldados dio un paso al frente con las escopetas en ristre. David vio que se llevaban rápidamente a la familia real.

—¡Nazis fuera! —gritó alguien de entre la multitud—. ¡Queremos a Churchill!

Los policías ya estaban saltando por encima de las barreras. Había un par de hombres de entre el público que también habían sacado armas de fuego y que miraban en derredor con expresión severa: agentes encubiertos del Cuerpo Especial. David atrajo a Sarah hacia sí. La multitud se dividió para dejar pasar a los policías, y en ese momento alcanzó a ver una pelea que estaba teniendo lugar a su derecha. Vio alzarse una porra y oyó que alguien gritaba: «¡A por esos hijos de puta!», animando a la policía.

—Oh, Dios, pero ¿qué hacen? —dijo Sarah.

—No lo sé.

Irene tenía aferrada a Betty. La anciana estaba llorando, mientras que Steve contemplaba la refriega con gesto furibundo. A aquellas alturas ya estaba todo el mundo hablando, era un rumor en tono moderado en el que de vez en cuando se oía una voz más alta que decía:

—¡Malditos comunistas, rompedles la cabeza!

—¡Tienen razón, hay que echar a los alemanes!

Un general británico, un individuo delgado, de cara quemada por el sol y bigote gris, subió los escalones del Cenotafio con un megáfono en la mano, se abrió paso por entre las coronas de flores y llamó a la multitud al orden.

—¿Los han cogido? —preguntó Sarah a David—. No he podido verlo.

—Sí. Me parece que eran unos pocos.

—¡Esto es traición! —exclamó Steve—. ¡Espero que cuelguen a esos hijos de puta!

La ceremonia continuó con más coronas de flores, y luego siguió un breve servicio religioso oficiado por el arzobispo Headlam. Pronunció una plegaria a través del micrófono, que prestó a su voz un extraño eco metálico.

—Oh, Señor, contémplanos mientras recordamos a los valientes hombres que han muerto luchando por Inglaterra. Recordamos a las legiones que cayeron entre 1914 y 1918, ese trágico conflicto que todavía nos afecta a todos, aquí y en toda Europa. Señor, recuerda el sufrimiento de los hoy aquí congregados que han perdido a seres queridos. Confórtalos, confórtalos.

A continuación se inició el desfile de los millares de soldados, muchos ya ancianos, que marcharon orgullosos en formación y fueron depositando una corona de flores por cada contingente, mientras la banda tocaba melodías populares de la época de la Gran Guerra. David y su familia, como siempre, buscaron al padre de Sarah, pero no lo vieron. Los escalones del Cenotafio seguían manchados de pintura roja y la esvástica de Rommel destacaba entre las coronas. David se preguntó quiénes serían los manifestantes. Acaso uno de los grupos pacifistas independientes; la Resistencia habría disparado contra Rommel, habría disparado contra muchos de los nazis afincados en Inglaterra, de no haber sido por el miedo a las represalias. Pobres diablos, quienesquiera que fuesen; ahora los esperaba una paliza en un centro de interrogatorios del Cuerpo Especial, o tal vez en los sótanos de Senate House, en la embajada alemana. Como había sido un ataque contra Rommel, era posible que la policía británica detuviera a los manifestantes. David se sintió impotente. Ni siquiera había contradicho a Steve. Pero es que tenía que mantener intacta su tapadera, no salirse del guión en ningún momento, esforzarse por representar el papel de funcionario modélico. Sobre todo por el pasado de la familia de Sarah. Sintió una irracional punzada de irritación contra su mujer.

Volvió a fijarse en los veteranos. Había un hombre de unos sesenta años, de gesto severo y desafiante, que caminaba sacando pecho con orgullo. En un lado de su abrigo lucía una hilera de medallas, pero en el otro llevaba cosida una Estrella de David de gran tamaño, de color amarillo fuerte. Los judíos sabían que actualmente debían mantenerse en un plano discreto, sin llamar la atención, pero aquel veterano había desafiado al sentido común acudiendo al desfile con un símbolo tan prominente, cuando bien podía haberse conformado con la Estrella de David en forma de pequeña insignia, tan británica y tan discreta, que todos los judíos estaban obligados a llevar actualmente en la solapa.

Entre el público se oyó gritar:

—¡Kike!

El veterano no reaccionó, en cambio David sí: sintió que lo inundaba una oleada de rabia. Sabía que por ley él también tenía que llevar una insignia amarilla y no trabajar de funcionario, pues este era un empleo prohibido a los judíos. Pero su padre, que se encontraba a veinte kilómetros de allí, era la única persona, aparte de él, que sabía que su madre había pertenecido a aquella rara especie de los judíos irlandeses. Y en la actualidad, en Inglaterra un medio judío era un judío entero; la multa que se imponía por ocultar la identidad era la detención por tiempo indefinido. En el censo de 1941, cuando a la gente se le preguntó por primera vez cuál era su religión, David se declaró católico. Y lo mismo hizo cada vez que renovó el carné de identidad, y lo mismo volvió a hacer en el censo de 1951, en el que también se le preguntó si tenía padres o abuelos que fueran judíos. Pero por más que intentara relegar todo aquello a lo más recóndito de su cerebro, había ocasiones, durante la noche, en que se despertaba aterrorizado.

El resto de la ceremonia transcurrió sin interrupciones, y cuando finalizó se reunieron con Jim, el padre de Sarah, y regresaron a la casa de estilo imitación Tudor que poseían David y Sarah en Kenton, donde Sarah se puso a preparar una comida para todos. Jim no estaba enterado de lo del bote de pintura que habían arrojado hasta que se lo dijo su familia, aunque sí se había fijado en la mancha de color rojo que había en los escalones del Cenotafio. No habló casi nada durante el trayecto de vuelta, ni tampoco Sarah ni David, aunque Irene y sobre todo Steve dieron rienda suelta a su indignación. Cuando llegaron a la casa, Steve sugirió que pusieran las noticias para ver qué decían respecto del altercado.

David encendió la televisión y recolocó las sillas de forma que quedaran de cara al aparato. No le gustaba la disposición del mobiliario que se veía actualmente en las casas, todo alrededor del televisor; a lo largo de los últimos diez años se había extendido por la mitad de la población eso que algunos llamaban la caja tonta. Poseer un televisor era un indicativo de la clara línea divisoria que separaba a los ricos de los pobres. Estaba comenzando a apoderarse de la vida de la nación. Ni siquiera era todavía la hora de las noticias, de momento estaban poniendo un programa infantil, una dramatización de un cuento de aventuras de un tal Bulldog Drummond en el que salían héroes del imperio y nativos traicioneros.

Sarah trajo el té y David fue pasando la cajetilla de cigarrillos. Dirigió una mirada a Jim. A pesar de que después de la Gran Guerra se había convertido al pacifismo, su suegro siempre participaba en el desfile del Remembrance Day; por más que aborreciese la guerra, rendía honores a sus antiguos camaradas. A David le gustaría saber qué opinaba del bote de pintura que habían arrojado, pero Jim tenía la prótesis de la cara vuelta hacia él. Era una prótesis de calidad, bien ajustada y de color carne, incluso estaba provista de pestañas artificiales en el ojo pintado. En cierta ocasión Sarah confesó que cuando era pequeña se asustaba al mirar la burda máscara que llevaba su padre por aquel entonces, fabricada con una lámina metálica, y que en una ocasión en que él la sentó en las rodillas, se echó a llorar e Irene tuvo que llevársela. Su madre dijo que era una niña maleducada y egoísta, pero Irene, que era cuatro años mayor que ella, la abrazó y le dijo que no debía tomarlo en cuenta, que no era culpa de papá.

Por fin llegaron las noticias. Se vio a la joven reina presentando sus respetos y se oyó la sonora y respetuosa crónica de Dimbleby. Sin embargo, la BBC no mencionó el incidente sufrido por Rommel; se limitó a pasar de las coronas de flores de los representantes de la Commonwealth a la del embajador Kennedy. En la pantalla hubo un leve salto que resultó imposible de apreciar a no ser que uno lo estuviera esperando, y en el comentario no se notó interrupción alguna; seguramente los técnicos de la BBC habían refundido todo más tarde.

—Nada —dijo Irene.

—Deben de haber tomado la decisión de no sacarlo —dijo Jim en voz queda.

Steve se giró hacia él. Llevaba puesto uno de sus jerséis de color chillón, y la barriga se lo estiraba de forma poco atractiva.

—No quieren que el público se altere —dijo— al ver que ocurre algo así en el Remembrance Day.

—Pero el público debería saberlo —replicó Irene con pasión—. Debería ver lo que hacen esos despreciables terroristas. ¡Y delante de la reina, la pobre! No me extraña que se deje ver tan poco en público. ¡Es una vergüenza!

En aquel momento intervino David, sin poder contenerse:

—Es lo que sucede cuando a las personas no se les permite protestar contra sus amos.

Steve se volvió hacia él. Aún estaba furioso y buscaba bronca.

—Supongo que te referirás a los alemanes.

David se encogió de hombros sin comprometerse a nada, aunque le habría gustado arrearle a Steve un puñetazo y haberle arrancado todos los dientes de cuajo. Su cuñado siguió diciendo:

—Los alemanes son socios nuestros, y eso es una gran suerte para nosotros.

—Es una gran suerte para los que ganan dinero haciendo negocios con ellos —replicó David.

—¿Se puede saber qué diablos quieres decir con eso? ¿Es una indirecta contra los negocios que tengo yo en la Asociación Anglo-germana?

David le devolvió una expresión ceñuda.

—El que se pica ajos come.

—Tú preferirías que mandasen los de la Resistencia, ¿verdad? Churchill, si es que ese viejo belicista aún está vivo, y la pandilla de comunistas con los que se codea. Asesinar soldados, hacer volar a la gente por los aires, como esa niña de Yorkshire, que la semana pasada pisó una de sus minas. —Estaba empezando a ponerse rojo.

—Por favor —dijo Sarah en tono tajante—. No empecéis a discutir. —E intercambió una mirada con Irene.

—De acuerdo —retrocedió Steve—. No quiero estropear el día más de lo que lo han estropeado ya esos cerdos. Pues vaya con la imparcialidad de los funcionarios —agregó en tono sarcástico.

—¿Cómo has dicho, Steve? —preguntó David, cortante.

—Nada. —Steve levantó las manos con las palmas hacia arriba—. Pax.

—Rommel —terció Jim con voz triste— fue soldado en la Gran Guerra, como yo. Ojalá el Remembrance Day fuera menos militar, así la gente no sentiría la necesidad de protestar. Corre el rumor de que Hitler está muy enfermo —añadió—. Últimamente ya casi no habla en los medios de comunicación. Además, ahora que en Estados Unidos vuelven a gobernar los demócratas, es posible que vengan cambios. —Sonrió a su esposa—. Yo siempre he dicho que vendrían, que solo había que esperar.

—Estoy seguro de que si Herr Hitler estuviera enfermo, nos lo habrían dicho —replicó Steve en tono despectivo. David miró a Sarah, pero no dijo nada.

Más tarde, cuando el resto de la familia ya se había marchado en el nuevo Morris Minor de Steve, David y Sarah se pusieron a discutir.

—¿Por qué tienes que pelearte con Steve, delante de todo el mundo? —preguntó Sarah. Tenía cara de cansada; había estado la tarde entera esperando a la familia y ya tenía el cabello despeinado y la voz ronca—. Delante de papá, precisamente en un día como hoy. —Titubeó un momento y luego prosiguió en tono de resentimiento—: Tú fuiste el que hace años me dijo que no me metiera en política, que era mejor guardar silencio.

—Ya lo sé, y lo siento, pero es que Steve no es capaz de cerrar la boca. Lo de hoy ya ha sido... en fin, demasiado.

—¿Cómo crees que nos sientan estas peleas a Irene y a mí?

—A ti tampoco te cae bien Steve.

—Pero tenemos que aguantarlo. Por el bien de la familia.

—Sí, y también ir a verlo, contemplar esa foto que tiene encima de la chimenea en la que están él y sus amigotes empresarios con Speer, ver los libros de Mosley y los *Protocolos de los Ancianos de Sión* que tiene en la estantería —se quejó David—. No sé por qué no se afilia a los Camisas Negras y termina de una vez. Claro que para eso tendría que hacer ejercicio y quitarse un poco de esa grasa.

Inesperadamente, Sarah empezó a hablar a gritos:

—¿Es que no hemos sufrido ya bastante? ¿No te lo parece?

Y a continuación salió del cuarto de estar hecha una furia. David la oyó entrar en la cocina y cerrar la puerta de golpe. Se levantó y empezó a recoger los platos y los cubiertos sucios y a ponerlos en el carrito. Después se lo llevó todo al pasillo. Al pasar junto a la escalera no pudo evitar alzar la vista hacia el empapelado que se veía rasgado al comienzo y al final de los peldaños, en los lugares donde antes estuvieron las pequeñas rejas. Desde que falleció Charlie, Sarah y él habían hablado de cambiar el empapelado, pero, al igual que sucedía con tantas otras cosas, no acababan de darle una solución. Dentro de un minuto hablaría con ella, le pediría perdón e intentaría reducir un poco aquella brecha que cada vez se hacía más grande. Aunque sabía que en realidad no iba a poder cerrarla, teniendo en cuenta los secretos que tenía que guardar.

2

Había comenzado dos años antes, con los resultados de las elecciones de 1950, unos meses después de que muriese Charlie. Desde que en 1948 se hundió la banca de Hungría debido a la sangría que supuso para las economías de Europa la interminable guerra que estaba librando Alemania en Rusia, las noticias económicas y políticas habían ido empeorando continuamente. En el norte de Inglaterra y en Escocia hubo manifestaciones y huelgas, la India daba la impresión de vivir permanentemente en un fervor de insurrección, y cada vez se detenía a un mayor número de ciudadanos en virtud de las leyes de 1939 relativas a la seguridad, que nunca fueron revocadas. Las personas que habían aceptado en silencio el Tratado de Paz de 1940 estaban empezando a enfadarse y a decir que ya era hora de que Inglaterra le plantase cara un poco más a Alemania y que después de diez años había llegado el momento de introducir un cambio de gobierno, el momento de conceder una oportunidad a Churchill y al Partido Demócrata Unido. Pese a la dieta de propaganda del gobierno que suministraban los periódicos y la BBC, Beaverbrook no gozaba del favor del público, y corría el rumor de que el partido demócrata podía obtener una gran ventaja.

Sin embargo, cuando se anunciaron los resultados se vio que dicho partido había perdido la mayor parte de los cien escaños que tenía en el Parlamento, a favor de la Unión Británica, el partido fascista de Mosley, que incrementó su número de escaños de treinta a ciento cuatro y se sumó a la coalición de Beaverbrook de conservadores y liberales. Por fin Churchill había sacado a sus seguidores de la Cámara de los Comunes tras un discurso en el que denunciaba «unas elecciones amañadas para volver a un parlamento de delincuentes». Así que la gente cuchicheaba por los pasillos de Whitehall aunque los periódicos y la televisión afirmaban que habían salido enfurecidos, meramente

por despecho. Poco después se acusó a los Demócratas Unidos de fomentar huelgas políticas y se los declaró ilegales. Se hicieron clandestinos y adoptaron un nombre nuevo: «Resistencia», tomado del movimiento habido en Francia, un nombre que comenzó a aparecer en las paredes.

El nuevo gobierno enseguida se acercó todavía más a Alemania. Los judíos alemanes refugiados habían sido devueltos en 1940 en virtud del Tratado de Berlín, pero a pesar del aumento del antisemitismo se limitaron las restricciones que pesaban sobre los judíos británicos. Ahora el gobierno afirmó que los judíos eran enemigos implacables del gran aliado de Inglaterra y que iban a implantarse ciertos elementos de las leyes de Núremberg. David se despertaba por las noches sudando, de solo pensar en lo que podría suceder si se descubriese su secreto. Todo el mundo sabía que Alemania llevaba años presionando para que los judíos británicos, los últimos judíos libres que quedaban en Europa, junto con los franceses, fueran deportados al este. A lo mejor ocurría ahora tal cosa. David sabía que era más importante que nunca no hablar de su madre con nadie, sobre todo con Sarah.

No obstante, en los meses que siguieron David empezó a hablar, tanto con Sarah como con varios amigos de confianza, de otras cosas: de la prolongada recesión, de que cada vez reclutaban a más «matones» de los fascistas de Mosley como policías auxiliares del Cuerpo Especial para que se ocuparan de huelgas y disturbios, de que Churchill había prometido incendiar toda Inglaterra con «sabotajes y resistencia». Churchill y los suyos no tenían derecho a salir en la radio ni en la televisión, por supuesto, pero se comentaba que había grabaciones clandestinas realizadas con gramófonos que circulaban en secreto, en las que hablaba de no rendirse jamás, de la «siniestra tiranía que se ha abatido sobre Europa». Algo había cambiado dentro de David tras aquellas elecciones, tal vez incluso antes, cuando murió Charlie.

Habló sobre todo con su amigo más antiguo, Geoff Drax. Geoff había estudiado con él en Oxford y había empezado a trabajar para la Administración de las Colonias al mismo tiempo que él en la Oficina de los Dominios. Geoff había servido seis años en el este de África y en 1948 regresó a Londres y se puso a trabajar en labores administrativas. Ya por aquel entonces hablaba de lo mucho que le había impresionado ver de primera mano que Inglaterra se había convertido en un anodino y conformista estado satélite de Alemania.

Los años pasados en África habían cambiado a Geoff. Su rostro delgado y huesudo, coronado por una mata de pelo rubio, lucía arrugas nuevas, y sus labios mostraban un gesto fruncido de desconten-

to. Siempre había tenido un sentido del humor de lo más sardónico, en cambio ahora era un resentido que lanzaba comentarios sarcásticos acompañados de una risita que parecía un ladrido. Habló de un desgraciado romance que tuvo en Kenia con una mujer casada. Le contó a David que no había conseguido superarlo y que envidiaba la vida estable que llevaba él con Sarah y Charlie. No le gustaba el trabajo de oficina que desempeñaba en el nuevo y gigantesco edificio que tenía el Ministerio de las Colonias en Church House, y cuando quedaron para almorzar David se dijo que Geoff siempre parecía sentirse incómodo con su abrigo negro y su pantalón de vestir a rayas, como si todavía debiera usar pantalones cortos bombachos y salacot.

Geoff vivía en Pinner, cerca de Kenton, donde tenía su casa David, y con frecuencia quedaban los sábados por la mañana para nadar y jugar al tenis. Después se sentaban en un rincón del bar del club de tenis y conversaban de política... en voz baja, claro está, porque eran pocos los miembros de aquel club que pensaran como ellos.

En el verano de 1950, un sábado Geoff le estuvo contando a David cosas que sucedían en Kenia:

—Actualmente tienen allí ciento cincuenta mil colonos —dijo con intensidad contenida—. Es un maldito caos. Familias de desempleados que han viajado desde Durham y Sheffield con la promesa de que allí hay granjas gratuitas y mano de obra nativa ilimitada. Les dan un cursillo de tres meses para que se hagan agricultores y luego les entregan cuatrocientas hectáreas de bosque. Si no fuera por los negros, no sabrían ni por dónde empezar. Pero esa tierra pertenece a los negros. Entre los kikuyu está empezando a surgir un verdadero problema. Va a haber derramamiento de sangre. Algunos de los constructores de esa nueva colonia que proponen establecer en el este de África van a desear no haber salido nunca de su casa. —Y lanzó una de sus carcajadas que parecían ladridos.

David dudó unos instantes y luego habló en voz baja:

—A los gobiernos de varias colonias está empezando a preocuparles mucho lo que está haciendo nuestro nuevo gobierno. Los canadienses y los neozelandeses están hablando de abandonar el imperio. En la oficina están muy preocupados.

David estaba siendo indiscreto, mucho más de lo que habría sido siquiera un año antes. A continuación se puso a hablar de las protestas que había en Nueva Zelanda respecto de las recientes prohibiciones de los sindicatos británicos. Cuando terminó, Geoff se lo quedó mirando en silencio unos instantes, y luego susurró:

—Tengo un amigo al que tal vez te apetezca conocer. —David experimentó una punzada de angustia al darse cuenta de que había hablado demasiado—. Me parece que ambos tenéis opiniones comunes —continuó diciendo Geoff—. De hecho, estoy seguro.

David lo miró a su vez. Inmediatamente se preguntó si Geoff se estaría refiriendo a alguien perteneciente a la Resistencia, y se dijo que era muy posible, teniendo en cuenta lo irascible e inquieto que se le veía.

—No sé —contestó. Pensó en Sarah, que estaba en casa llorando por su hijo muerto.

Geoff esbozó una leve sonrisa e hizo un gesto con el brazo.

—No estoy hablando de que tengas que comprometerte a nada, sino únicamente hablar con una persona que... ve las cosas como las vemos nosotros. Ayuda a darse cuenta de que uno no está solo.

Una parte de David deseaba rechazar el ofrecimiento, pasar a hablar de deportes o del tiempo, poner fin a la conversación. Pero de pronto se apoderó de él una impaciencia imperiosa que ahuyentó todo temor.

Una semana más tarde, Geoff le presentó a Jackson. Estaban en pleno verano y el sol resplandecía con intensidad en medio de un cielo sin nubes. David se encontró con Geoff en Hampstead Heath Station y ambos fueron andando hasta la cumbre de Parliament Hill. Había parejas de novios paseando cogidas de la mano, las mujeres ataviadas con luminosos vestidos de verano de falda blanca, los hombres luciendo camisas de cuello abierto y chaquetas ligeras. También había familias y niños volando cometas que dibujaban siluetas de colores vivos sobre el azul del cielo.

David esperaba que el amigo de Geoff fuera de la misma edad que ellos, en cambio el individuo que encontraron sentado en un banco contaría cincuenta y pico años y tenía el cabello de un color gris acerado. Al verlos llegar se puso de pie; era alto y corpulento, pero se movía con rapidez. Geoff lo presentó como señor Jackson y él estrechó la mano de David con firmeza. Poseía unas facciones grandes y macizas y unos penetrantes ojos azul claro. Obsequió a David con una amplia sonrisa.

—Señor Fitzgerald. —Hablaba con una voz que la madre de Sarah habría calificado de afectada—. Encantado de conocerlo. —Sus modales denotaban la seguridad en sí mismo típica de un colegio privado, eso que llaman superioridad sin esfuerzo, que siempre había logrado

que David, que había estudiado en una *grammar school*,* se pusiera ligeramente a la defensiva—. Vamos a dar una vuelta —propuso en tono jovial.

Echaron a andar en dirección a los estanques de Highgate. Había un grupo de adolescentes vestidos de exploradores realizando una exhibición gimnástica: tres de pie, en fila, otros dos subidos a sus hombros y uno más trepando lentamente para formar la pirámide. Había varias personas mirándolos y un jefe de tropa que iba dando instrucciones en voz baja:

—Ahora despacio, distribuid el peso con mucho cuidado, esa es la clave.

Jackson se detuvo un momento para observarlos.

—Cielo santo —dijo sin alzar la voz—. Recuerdo la época en que los exploradores ayudaban a las ancianas a cruzar la calle. Hoy en día todo se reduce a ejercicios gimnásticos y militares. Por supuesto, tienen miedo de que se los obligue a fusionarse con la Liga de Jóvenes Fascistas.

—La gente no toleraría algo semejante —contestó David—. Se llevarían a sus hijos.

Jackson emitió una risa suave.

—¿Quién sabe lo que es capaz de tolerar cierta gente, en los tiempos que corren? —Luego se volvió y echó a andar atravesando el prado, con Geoff y David a la zaga. Más adelante aminoró el paso para dirigirse a David en voz queda—: Geoff me ha dicho que se siente usted descontento de la marcha que lleva este pobre país nuestro.

—Sí, así es. —David titubeó unos instantes, pero luego pensó: «Al diablo»—. Han conseguido amañar las elecciones. Cada vez se detiene a más personas en virtud de la Sección 18a. Y siendo Mosley secretario del Interior, con las leyes antijudíos, no tardaremos en ser tan fascistas como el resto de Europa. —Notó que se ruborizaba al mencionar las leyes antijudíos y lanzó una mirada rápida a Jackson, pero este no pareció haberse dado cuenta. Se limitó a afirmar con la cabeza, reflexionó un momento y luego dijo:

—¿Lleva mucho tiempo experimentando esta inquietud?

—Supongo que sí. Sé que esto lleva varios años acumulándose. Y finalmente con las elecciones ya no he podido aguantar más.

Jackson caviló unos instantes.

—Usted ha perdido recientemente a un hijo, tengo entendido. En un accidente.

* Instituto o centro estatal de enseñanza secundaria selectiva al que se accede mediante un examen escrito. (*N. de la T.)*

David no esperaba que Geoff le hubiera contado a Jackson lo de Charlie. Dirigió a su amigo una mirada ceñuda antes de responder en tono rígido:

—Así es.

—Lo lamento mucho.

—Gracias.

Jackson se aclaró la voz.

—Usted sirvió en la guerra, según me ha contado Geoff.

—Sí, en Noruega.

Jackson sonrió con tristeza.

—La campaña de Noruega supuso el fin de Chamberlain. Hay quien dice que si en aquel momento hubiera sido Churchill el que ocupara el cargo de primer ministro, habríamos continuado con la guerra después de que hubiera caído Francia. No sé qué habría sucedido entonces.

Ya caminaban a paso rápido; Jackson, a pesar de su corpulencia, no parecía estar falto de resuello.

—Lo de Noruega fue un desastre —dijo David—. Yo había visto morir soldados, los alemanes parecían... invencibles. Cuando cayó Francia, pensé que teníamos que buscar la paz, que la única alternativa a la conquista era firmar un tratado.

—Y Hitler prometió dejar en paz al imperio; muchos lo consideraron un gesto generoso. En cambio Churchill afirmó que el tratado daría lugar al dominio de los alemanes, y estaba en lo cierto. —En este punto Jackson sonrió. Fue una sonrisa agradable, cortés, aunque la expresión de sus ojos siguió siendo dura. David supo que, con un estilo muy inglés, estaba siendo sondeado, probado. Jackson tenía algo que le hacía sospechar que era funcionario como él, pero de muy alta categoría. Le gustaría saber adónde quería llegar. Jackson le sonrió de forma alentadora. David respiró hondo y acto seguido se lanzó de cabeza, igual que se lanzaba desde el trampolín cuando era pequeño.

—Mi esposa es una pacifista —dijo—. Antes yo coincidía con ella. Todavía sostiene que por lo menos hemos parado la guerra, aunque sabe que Inglaterra está apoyando lo que sucede en Rusia, una matanza interminable.

Jackson hizo un alto para contemplar los estanques de Highgate. En el mismo tono quedo, dijo:

—Los alemanes no pueden vencer en Rusia de ningún modo. Llevan once años luchando para lograr su objetivo: un estado de asentamiento alemán que abarque desde Arcángel hasta Astracán, y más allá, los Urales y Siberia, una especie de estado ruso semicolonial y

capitalista. Pero jamás lo han conseguido. Todos los veranos avanzan un poquito más hacia el este, conquistan algunos tramos del Volga, pero todos los inviernos los rusos los obligan a replegarse tras los Urales con esos nuevos fusiles *kalashnikov* que están fabricando... por millones, ligeros y eficaces. Y al otro lado de las líneas los partisanos tienen en su poder la mitad de las zonas rurales. Hay lugares en los que los alemanes controlan únicamente las ciudades y las líneas ferroviarias. ¿Sabe usted lo que ocurrió hace diez años, cuando capturaron Leningrado?

—Eso no lo sabe nadie, ¿no? Lo único que sabemos es que los alemanes continúan avanzando despacio.

—Pues no es así. Y respecto de Leningrado, los alemanes no llegaron a entrar, se limitaron a rodearla y dejar que la población se muriese de hambre. Más de tres millones de personas. Desde 1942 hay un silencio radiofónico total en lo que respecta a Leningrado. Nada, ni pío. Cuando tomaron Moscú, sacaron a los habitantes, los metieron en campos de concentración y los dejaron morir de inanición. Lo mismo que hicieron con los judíos europeos. Se supone que todos fueron a campos de trabajo situados en el este. Hemos visto en las noticias bonitas casitas de madera con flores en las ventanas y hierba en el exterior, pero ningún judío inglés ha tenido nunca una sola noticia de los amigos y familiares que fueron allá: ni una carta, ni una postal. Nada.

David miró fijamente a Jackson. «¿Sabrá quién soy yo?», pensó. Pero nadie conocía su secreto, aparte de su padre. Lo que sucedía era que, con las nuevas leyes, la gente hablaba más de los judíos.

—¿Cuántos judíos fueron enviados a los campos de trabajo, seis millones, siete?

Jackson afirmó con gesto grave.

—Sí. Ya solo quedan los nuestros y algunos judíos franceses. Hasta ahora viene siendo una cuestión de orgullo nacional y de independencia no hacerlos salir del país, pese a las presiones de Alemania. Pero Mosley quiere que se vayan, y cada mes que pasa su opinión tiene más peso. —Suspiró—. No sé adónde nos encaminamos. ¿Qué opina usted, Fitzgerald?

—Opino que vamos directos al infierno.

En aquel momento pasó por su lado una joven pareja, la mujer ataviada con unas gafas de sol de montura blanca y un vestido rosa de estampado floral. Entre ambos llevaban cogida de las manos a una niñita a la que cada poco levantaban con un brinco en el aire: la pequeña lanzaba grititos de alegría. Alrededor de los tres correteaba un perro

collie agitando la cola. Jackson sonrió y la mujer le devolvió la sonrisa. La pequeña familia continuó su paseo en dirección al agua. Cuando estuvieron lo bastante lejos para no oír la conversación, Geoff dijo:

—Y también en la India están empeorando las cosas, desde que Gandhi murió en la cárcel en el 47. Da igual a cuántos líderes encierren además de Nehru, los problemas continúan: huelgas de los arrendadores, boicot a los productos británicos, huelgas en las industrias que exportan a Inglaterra. Los motines de regimientos indios contra sus oficiales... eso bien podría lograr que se viniera todo abajo. Y lo más irónico es que el Tratado de Berlín puso límites a nuestro comercio con el continente. Fíjese en los aranceles que tenemos que pagar por importar y exportar, solo para que Hitler pueda servirse de Europa como mercado cautivo para sus propias industrias. Pero eso fue lo que quiso la gente de Beaverbrook. —Geoff hizo una pausa—. Un mercado libre dentro del imperio y aranceles al comercio con todos los demás países. El sueño de su vida. Pues bien, ahora lo ha hecho realidad. —Geoff lanzó una de sus carcajadas ladradas, carentes de humor—. Y sufrimos una depresión que ya dura más de veinte años.

—Dicen por la oficina —intervino David en tono titubeante— que Enoch Powell quiere reclutar un par de divisiones nuevas que enviar a la India. Pero de ese modo nuestro ejército infringiría los límites del tratado.

—¿Sabía usted —contestó Jackson— que en cierta ocasión Hitler se ofreció a prestarnos un par de divisiones de las SS para resolver el problema de la India?

«¿Hasta dónde sabe este hombre?», se preguntó David. «¿Quién será?»

Jackson lo miró.

—Geoff me ha dicho que trabaja usted en la Oficina de la Commonwealth.

—Así es. —«Esto va demasiado rápido.» Ya había desvelado demasiado a Geoff.

—Es usted el director de la División de Política, y su labor principal consiste en atender las reuniones semanales que celebra el ministro con los altos comisionados de los diversos dominios. —El tono de Jackson había cambiado: ahora era práctico y profesional.

—En efecto. —El superior de David se ocupaba de organizar y redactar las actas de las reuniones semanales que celebraba el ministro con los altos comisionados de los dominios de Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y desde el año anterior Rodesia, y David llevaba a cabo una buena parte del trabajo preliminar.

—¿Está presente en dichas reuniones? —David no respondió. Se hizo un breve silencio, y después Jackson prosiguió, recuperado el tono conversacional—: Tengo entendido que ha estado usted en el extranjero, en Nueva Zelanda.

—Sí. Estuve allí destinado del 44 al 46. Mi padre tiene familia en Auckland. De hecho, se ha ido a vivir con ella. Él también opinaba que vamos directos al infierno.

—¿Y su madre?

—Falleció cuando yo estaba en el colegio.

—Posee sangre irlandesa, a juzgar por su apellido.

—Mi padre desciende de una familia de abogados de Dublín. Cuando yo tenía tres años nos trajo aquí a mi madre y a mí, durante la guerra de Independencia.

Jackson sonrió.

—Tiene usted un aire irlandés, si me permite que se lo diga.

—Así lo cree mucha gente.

—¿Y lealtades en Irlanda?

David negó con la cabeza.

—¿A la república de De Valera? No. Mi padre odiaba todo ese severo nacionalismo católico.

—¿Pensó alguna vez en quedarse con su padre en la tierra de los kiwis?

—Sí, pero decidimos regresar. Nuestro país sigue siendo este. —Además, en aquella época no había leyes antijudíos, la represión todavía era leve.

Jackson paseó la vista por Londres, que se extendía bajo el cielo azul.

—Inglaterra se ha transformado en un lugar peligroso. Es decir, si uno se sale de la raya. Pero —agregó en voz baja— la oposición está aumentando.

David miró a Geoff. A su amigo se le estaba poniendo la nariz colorada al sol. Se preguntó cómo habría hecho para aguantar tanto tiempo en África teniendo aquella piel tan blanca.

—Sí —convino—, así es.

—Y deprisa.

—Hay mucha gente que está muriendo en ambos lados —dijo David—. Huelguistas, soldados, policías. La cosa va a peor.

—Churchill dijo que teníamos que «incendiar Inglaterra» porque las últimas elecciones estuvieron amañadas.

—¿Aún vive? —preguntó David—. Ya sé que antes circulaban grabaciones ilegales en las que nos instaba a resistir, pero ya llevamos

una temporada sin saber nada de ellas. Ya debe de tener casi ochenta años. Su esposa Clementina ya no está, el año pasado la hallaron muerta en su lujosa mansión de Lancashire, de una neumonía. Pasarse la vida huyendo no es para personas mayores como ellos. —David meneó la cabeza en un gesto negativo—. Y su hijo Randolph es un colaborador, ha salido en la televisión apoyando al gobierno. Y si Churchill está muerto, ¿quién tiene ahora el poder en la Resistencia? ¿Los comunistas?

Jackson contempló a David largamente, con expresión apreciativa.

—Churchill aún vive —dijo en voz queda—. Y la Resistencia es mucho más que el partido comunista. —Hizo un lento gesto de asentimiento, luego consultó su reloj y dijo de repente—: Bien, ¿por qué no emprendemos el regreso a la estación? Mi esposa me está esperando en casa. Una de las reuniones que organiza su familia.

Y David comprendió que, adondequiera que estuviera pensando Jackson en conducirlo a él, desde luego no iba a ser en aquel preciso instante.

En el camino de vuelta a la estación Jackson conversó amigablemente de cricket y de rugby. Había estudiado en la escuela XV de Eton. Cuando se despidieron estrechó la mano a David, le obsequió con una sonrisa rubicunda y se fue. Geoff, en un gesto poco frecuente, apretó el brazo a David.

—Le has caído bien —le dijo en voz baja.

—¿De qué va esto, Geoff? ¿Por qué le has contado tantas cosas de mí?

—Porque pensé que a lo mejor te interesaba sumarte a nosotros.

—¿Para hacer qué?

—Tal vez con el tiempo... ayudarnos. —Geoff esbozó su característica sonrisa, rápida y nerviosa—. Pero eso es cosa tuya, David. La decisión tiene que venir de ti.

David oía a Sarah en la cocina fregando los platos; estaba enfadada y los dejaba ruidosamente sobre el escurridor. Se volvió de espaldas a la escalera. Ya desde el principio, desde aquel primer encuentro con Jackson en Hampstead Heath, su principal preocupación era la seguridad de su mujer. Más adelante sus superiores le dirían que a una esposa se la podía informar de lo que hacía su marido solo si también ella estaba totalmente comprometida. Y aunque Sarah detestaba al go-